

De pronto Clara se incorporó con ademán enérgico. Sus bellas facciones desecharon la amarga contracción que las desfiguraba.

Parecióle que sus ojos veían con más claridad, vislumbrando nuevos prismas de que no tenía idea, en los cuales el amor de la familia y el cuidado de los hijos descollaban con atractivo encanto, y uniendo las manos con la beatitud del santo que aspira á la redención, exclamó firme y resuelta:

— ¡Desde hoy seré esposa y madre!

X

Tomada su resolución, la calma volvió por completo al agitado espíritu de Clara, y confiada, serena, sin vacilaciones ni desfallecimientos, siguió exactamente el plan impuesto por el doctor.

Con un poderoso esfuerzo de voluntad dominó su innata negligencia y demostró incansable actividad. Trabajó, leyó, hizo música; pero no consignó por escrito los consabidos *por qués*, porque eran harto vidriosos para hacerlo.

Sus amigos se sorprendieron al verla en paseo entre sus dos hijos, andando con el paso firme y resuelto de quien se halla en la plenitud de su fuerza física.

El cadáver había sido galvanizado y después animado por el fuego de la vida.

El milagro estaba hecho.

El día pasó rápidamente para Clara. La noche la

encontró rendida físicamente por tan desusada actividad, y moralmente por las emociones sufridas; el cuerpo gozó la caricia del descanso, y el espíritu de ese sueño tranquilo y reparador que sigue al deber cumplido.

XI

Al día siguiente, el marido de nuestra heroína se quedó asombrado al verla entrar en su cuarto acariciándole afectuosa, é inspeccionar después la habitación con la escrutadora mirada de una ama de casa cuidadosa é inteligente.

— ¡Clara, hija mía! — exclamó asustado. — ¿Qué pasa? ¿Te encuentras peor?

— Al contrario, querido Juan: antes estaba no sé si enferma ó imbécil; hoy me encuentro perfectamente y he resuelto que varíe nuestro modo de ser.

— Habla, te escucho admirado.

— Desde hoy haré lo que nunca he hecho...: gobernar nuestra casa. Te relevo de ese cargo, penoso para un hombre. Yo sola cuidaré de ti y de mis hijos.

— ¿Será verdad? — exclamó Juan, estupefacto y gozoso.

— Y como en tan nueva vida todo debe ser nuevo, la inauguro despidiendo á toda la servidumbre, incluso mi doncella Julia.

Al hablar así, clavó una investigadora mirada en su marido.

Éste soltó la carcajada, y tomando una mano de su mujer, la besó con galantería, diciendo:

— Haz cuanto quieras, vida mía. Si recobro á mi adorada Clara, ¿qué menos puedo hacer que obedecerla? Pero en esto hay algo extraordinario. ¿A qué se debe este milagro? ¿Quién te ha transformado en tan poco tiempo?

— El doctor *Por qué*, sabio médico de espíritus enfermos, gran despertador de las conciencias dormidas.

— ¡Dios le bendiga! ¡A ti te ha curado y á mí me ha hecho feliz! Ven, Clara, sellemos con la ternura de nuestros hijos la nueva era de felicidad que hoy se abre para nosotros.

Cogidos del brazo, corrieron ligeros y alegres al cuarto de los niños.

Allí estrechamente enlazados por los brazos de los dos hermosos serafines, que los acariciaban con sus infantiles besos, se juraron de nuevo con los ojos un amor eterno, cual si por segunda vez se unieran ante Dios.

XII

Cuando, transcurrido el plazo fijado, presentóse el doctor en casa de Clara, encontró á ésta vistiendo á su hijo auxiliada por la niña, que con encantadora gracia le iba llevando las ropitas de aquél.

El feliz esposo contemplaba con ojos enternecidos tan interesante escena, muellemente reclinado en una

butaca y despidiendo bocanadas de aromático humo.

El doctor se detuvo más satisfecho que sorprendido. Contempló un instante aquel cuadro de felicidad, se fijó en el rostro sonrosado, expresivo y alegre de la ex enferma, é hizo ademán de retirarse.

— ¡Doctor! — exclamaron los dos esposos corriendo hacia él.

— Me retiraba, señora, porque aquí ya no hago falta.

— Sí, hace usted falta para demostrarle nuestra gratitud. Con maravillosa penetración ha salvado usted á mi esposa de una enfermedad desconocida...

— Permítame usted, no lo era para mí. Padecía una enfermedad endémica hoy en las altas clases sociales, el tedio, esa enfermedad de los ricos que no saben serlo.

